

colásticos», perseguidores de la discusión libre, tiranos asalariados de las conciencias cristianas. Por encima del clamor de la revolución protestante se oyó tronar su voz contra la tradición y la obediencia. Se burló duramente de los teólogos pedantes, adoradores devotos de textos rancios que toman un martirologio enmohecido por un argumento sólido y responden á una demostración con una cita. Declaró que la mayoría de los Padres fueron intrigantes turbulentos y bachilleres, que, reunidos, no valían más que aislados; que sus concilios no son más que un cúmulo de manejos sordos y de disputas vanas; rechazó su autoridad y su ejemplo, é instituyó la lógica por único intérprete de la Escritura. Puritano contra los obispos, independiente contra los prebiterianos, fué siempre el dueño de su pensamiento y el inventor de su creencia.

Nadie ha amado, practicado y alabado el uso libre y atrevido de la razón. La ejercitó hasta la temeridad y hasta el escándalo. Se rebeló contra la costumbre (1), reina ilegítima de la creencia humana, enemiga nata y encarnizada de la verdad; puso mano en el matrimonio, y pidió el divorcio en caso de incompatibilidad de carácter. Declaró «que el Error, sostiene la costumbre, que la Costumbre acredita el Error, que las dos cosas juntas, sostenidas por el vulgar y numeroso cortejo de sus sectarios, abruman con sus envidias y sus gritos, bajo el nombre de fantasías é innovaciones, los descubrimientos del razonamiento libre». Mostró que, «cuando viene al mundo una verdad, viene siempre como bastarda, para vergüenza del que la engendra, hasta que el Tiempo, que no es el padre, sino el partero del Conocimiento, declara el hijo legí-

(1) *The Doctrine and Discipline of Divorce.*

timo y vierte sobre su cabeza la sal y el agua». En tres ó cuatro escritos se mantuvo firme contra el desbordamiento de las injurias y de los anatemas, y aun se atrevió á mas á la vez: atacó ante el Parlamento la censura, obra del Parlamento (1); habló como hombre á quien se hiere y oprime, para quien la interdicción pública es un ultraje personal, á quien se encadena al encadenar á la nación. No quiere que la pluma de un censor asalariado insulte con su aprobación la primera página de su libro. Aborrece esa mano ignorante y autoritaria, y reclama la libertad de pensar. «¿Qué ventaja tiene un hombre sobre un niño de escuela, si no nos libramos de la férula más que para estar pendientes del puntero de un *imprimatur*, si obras serias y pensadas, como si fuesen temas de un muchacho de gramática sometidos á su pedagogo, no pueden articularse sin la autorización tardía é improvisada de un censor distraído? Cuando un hombre escribe para el público, llama en su auxilio á toda su razón y á toda su reflexión; indaga, inquiere, medita; ordinariamente consulta con los más juiciosos de sus amigos. Hecho todo eso, procura informarse acerca de lo que escribe tan bien como el que más de los que le han precedido. Si en ese acto supremo de su celo y de su madurez, ninguna edad, ninguna diligencia, ninguna prueba anterior de capacidad puede eximirle de sospecha y desconfianza, á menos que exponga todas sus meditadas investigaciones, todas sus largas vigili-
lias, todo su esfuerzo y trabajo, ante la mirada ligera de un censor que no dispone de tiempo, que quizá es mucho más joven que él, que quizá es—muy inferior á él en discernimiento, que quizá no ha sabido nunca lo

(1) En su *Areopagitica*.

que es escribir un libro—de suerte que, si el autor no se ve condenado ó desatendido, debe aparecer en la impresión como un novicio supeditado á su preceptor, con la mano de su censor á la espalda de su título, como prueba y garantía de que no es un corruptor ó un idiota,—todo eso no puede ser más que un deshonor y una degradación para el autor, para el libro, para los privilegios y la dignidad de la ciencia.»

Abrid, pues, todas las puertas; que entre la luz; que piense todo el mundo y lance á la publicidad su pensamiento. No os asustéis de las divergencias; holgaos de esa gran labor; ¿por qué insultar á los trabajadores con el nombre de cismáticos y de sectarios? «Cuando se edificaba el templo del Señor, y los unos partían los cedros y los otros labraban el mármol, ¿había hombres tan faltos de juicio que olvidasen que las piedras y los maderos debían sufrir mil separaciones y divisiones antes de que estuviese construida la casa de Dios? Y cuando las piedras se han juntado artificialmente, no pueden estar unidas de un modo continuo, sino sólo contiguas, al menos en este mundo. Más aún: la perfección consiste en que de esas mil diversidades limitadas, de esas mil diferencias fraternales sin gran desproporción, nazca la feliz y graciosa simetría que embellece todo el conjunto y todo el edificio.» Milton se eleva aquí por simpatía; prorrumpen en espléndidas imágenes, y despliega en su estilo la fuerza que ve en torno de sí y en sí propio. Ensalza la revolución, y su alabanza parece un canto de trompeta salido de un pecho de bronce. «Mirad ahora esa vasta ciudad, una ciudad de refugio, la casa patrimonial de la libertad, ceñida y rodeada por la protección de Dios. Si los arsenales de la guerra abundan allí en yunques y martillos ocupados en fabricar

la coraza y la espada de la justicia para defender la verdad sitiada, no son menos las plumas y cabezas que velan al lado de las luces nocturnas, meditando, investigando, resolviendo nuevas invenciones y nuevas ideas para presentarlas como tributo de homenaje y de fe á la Reforma que se acerca. ¿Qué más se puede pedir á una nación tan flexible y tan dispuesta á buscar el conocimiento? ¿Qué falta á un suelo tan pingüe y fértil sino entendidos y fieles labradores para hacer un pueblo ilustrado, una nación de sabios, de profetas y de grandes hombres?... Me parece ver una noble y poderosa nación que se levanta como un hombre robusto después de dormir y sacude sus invencibles melenas. Me parece verla como un águila que viste el plumaje de su heroica juventud, cuyos ojos se encienden, sin deslumbrarse, en los plenos rayos del sol, cuya vista se baña y aclara en la fuente misma del esplendor celeste, mientras los pájaros tímidos y chillones y las aves amantes del crepúsculo revolotean preguntándose con asombro qué es lo que piensa hacer, y en su envidiosa algarabía tratan de predecir un año de cismas y de sectas.» Milton es el que habla, y Milton es á quien describe, sin saberlo.

En un escritor sincero las doctrinas anuncian el estilo. Los sentimientos y las necesidades que forman y regulan sus creencias, construyen y coloran sus frases. El mismo genio deja dos veces la misma impresión: una en el pensamiento, otra en la forma. El poder de lógica y de entusiasmo que explica las opiniones de Milton explica su genio. El sectario y el escritor son un solo hombre, y se va á reconocer las facultades del sectario en el talento del escritor.

Cuando penetra una idea en un espíritu lógico, vegeta y fructifica en él, engendrando una multitud de

ideas accesorias y explicativas que la rodean, se enlazan entre sí y forman como un espeso bosque. Las frases son inmensas: se necesitan periodos de una página para encerrar el cortejo de tantas razones encadenadas y de tantas metáforas acumuladas alrededor del pensamiento dominante. Ese gran alumbramiento sacude el corazón y la imaginación: razonando, Milton se exalta, y la frase se precipita como una catapulta, duplicando la fuerza de su impulso con la enormidad de su peso. Yo no me atrevería á traducir ante un lector moderno los gigantescos períodos que abren el *Tra- tado de la Reforma*. No tenemos ya ese aliento; no entendemos más que frasecitas cortas; no sabemos sostener la atención en un mismo punto durante toda una página. Queremos ideas manejables; hemos abandonado el espadín de dos manos de nuestros padres, y no llevamos ya más que un ligero florete. Dudo, sin embargo, que la penetrante frase de Voltaire sea más mortal que el filo de esa maza de hierro. «Si, en artes menos nobles y casi mecánicas, no se estima digno del nombre de acabado arquitecto ó de excelente pintor al que no posee un alma generosa que se eleve sobre la preocupación servil de los gajes y el salario, con mucha más razón debemos tratar de imperfecto é indigno sacerdote al que dista tanto de ser un despreciador del innoble lucro que supedita toda su teología á la mísera y bestial esperanza de un obispado ó de una buena prebenda.» Si los profetas de Miguel Angel hablaran, sería en ese estilo; y veinte veces, al leer al escritor, se está viendo al escultor.

La lógica poderosa que extiende los períodos sostiene las imágenes. Que Shakspeare y los poetas nerviosos condensen un cuadro en una breve expresión, corten sus metáforas con nuevas metáforas y hagan

aparecer en la misma frase la misma idea con cinco ó seis vestidos diferentes; el brusco vuelo de su imaginación alada autoriza ó explica esos colores cambiantes y esos entrecruzamientos de relámpagos. Milton, más consecuente y más dueño de sí propio, desarrolla hasta el fin los hilos que ellos rompen. Cada una de sus imágenes se dilata en un poemita, especie de alegoría sólida, cuyas partes, ligadas entre sí, concentran sus luces en la idea única que deben embellecer ó aclarar. «Los prelados (dice), saliendo de una vida baja y plebeya para hacerse de repente señores de palacios suntuosos, de mobiliarios espléndidos, de mesas deliciosas, de cortejos de príncipes, han juzgado la llana y sencilla verdad del Evangelio indigna de permanecer más tiempo en compañía de sus señorías, á menos que la pobre é indigente matrona se presentase con mejores vestidos: cubrieron de rizos indecentes su casto y modesto velo circuido de rayos celestiales, y, poniéndola un atavío deslumbrador, la adornaron con todas las fastuosas seducciones de una prostituta.» Los políticos responden que esa Iglesia fastuosa sostiene la monarquía: «¡Qué mayor humillación puede haber para la dignidad real, cuya sólida y sublime altura descansa en los cimientos inmutables de la justicia y de la virtud heroica, que encadenar su suerte á las pintadas almenas y á la espléndida podredumbre de un episcopado que no necesita más que del soplo del rey para desplomarse como un castillo de naipes!» Las metáforas así sostenidas adquieren una amplitud, una pompa y una majestad singulares. Se desarrollan sin refregarse como los anchos pliegues de un manto de escarlata bañado de luz y franjeado de oro.

No se tomen esas metáforas por un accidente. Mil-

ton las prodiga como un pontífice que, en su culto, despliega las magnificencias y gana los ojos para ganar los corazones. Se ha nutrido de la lectura de Spenser, de Drayton, de Shakspeare, de Beaumont, de todos los más brillantes poetas, y la corriente de oro de la pasada edad, aunque empobrecida alrededor y amortiguada en él mismo, se ha dilatado como un lago al detenerse en su corazón. Como Shakspeare, imagina á cada paso, aun sin venir á cuento, y escandaliza á los clásicos y á los franceses. «Los corruptores de la fe (dice), no pudiendo hacerse ellos celestes y espirituales, han hecho á Dios terrestre y carnal; han trocado su esencia sagrada y divina en una forma exterior y corpórea; le han consagrado, incensado, hisopeado; le han puesto, no el ropaje de la pura inocencia, sino sobrepellices y otras vestiduras deformadas y caprichosas, palios, mitras, oro, oropel, sacados del viejo guardarropa de Aarón ó del vestuario de los flamines.

Entonces el sacerdote se vió obligado á estudiar sus gestos, sus posturas, sus liturgias, sus pamemas, hasta que el alma, sepultándose así en el cuerpo y entregándose á las delicias sensuales, no tardó en bajar sus alas hacia la tierra. Allí viendo las comodidades que recibía del cuerpo, su visible y sensual colega, y encontrando rotas y caídas sus alas, se libró del trabajo de subir en lo sucesivo á las alturas del aire, olvidó su vuelo celeste, y dejó á la inerte armazón corpórea arrastrarse por el viejo carril de la rutina con maquinal conformidad (1).» Si no se descubriesen aquí huellas de brutalidad teológica, se creería leer á un imitador de *Fedro*, y al través de la cólera fanática se

(1) *Of Reformation in England.*

reconocen las imágenes de Platón. Período hay que, por la belleza viril y el entusiasmo, recuerda el tono de la *República*. «Yo no puedo alabar (dice) una virtud fugitiva y enclaustrada, inactiva é inanimada, que no sale nunca de su retiro, ni mira de frente á su adversario, sino que se esquivo del palenque donde, en medio del calor y del polvo, se disputan los corredores la corona inmortal (1).» Pero no es platónico más que por la riqueza y la exaltación. En lo demás es hombre del renacimiento, pedante y rudo; ultraja al Papa que, después de la donación de Pipino el Breve, «no cesó de morder y ensangrentar á los sucesores de su querido señor Constantino con sus aulladoras maldiciones y excomuniones (2)»; es mitólogo en la defensa de la prensa, cuando dice que antiguamente «ninguna Juno envidiosa se sentaba con las piernas cruzadas en el momento del parto de una inteligencia (3)». Poco importa: esas imágenes eruditas, familiares, grandiosas, comoquiera que sean, son poderosas y naturales. La superabundancia como la rudeza no hace más que manifestar aquí el vigor y el arranque lírico que el carácter de Milton había anunciado.

La pasión sigue de suyo; la trae la exaltación con las imágenes. Las audaces expresiones, los excesos de estilo, nos hacen oír la vibrante voz del hombre que sufre, que se indigna y que quiere. «Los libros (dice en su *Areopagítica*) no son absolutamente cosas muertas; contiene en sí bastante poder de vida para ser tan activos como el alma de que son hijos. Más aún: con-

(1) Pág. 429.

(2) Pág. 264.

(3) Pág. 427.

servan, como en una redoma, la eficacia y la esencia más pura de esa inteligencia viva que los ha engendrado. Me atrevo á decir que son tan animados y tan vigorosamente productivos como los dientes del dragón fabuloso, y que, sembrados por todas partes, pueden hacer brotar hombres armados. Por otra parte, casi monta tanto matar un hombre como un buen libro. El que mata un hombre mata una criatura racional, imagen de Dios; pero el que destruye un buen libro mata la razón misma, mata la imagen de Dios en el ojo donde habita.

Muchos hombres viven como cargas inútiles de la tierra; pero un buen libro es la preciosa sangre vital de un espíritu superior, embalsamada y conservada religiosamente como un tesoro para una vida allende su vida... Miremos, pues, qué persecución promovemos contra los trabajos vivos de los hombres públicos; no derramemos esa vida incorruptible, guardada y acopiada en los libros, puesto que vemos que esa destrucción puede ser una especie de homicidio, á veces un martirio, y, si se extiende á toda la prensa, una especie de matanza que no acaba sólo con una simple vida, sino que hiere la esencia etérea, el soplo mismo de la razón, una inmortalidad, en fin, más bien que una vida.»

Esa energía es sublime; el hombre es digno de la causa, y jamás hubo más alta elocuencia al nivel de más alta verdad. Expresiones terribles vienen á anonadar á los opresores de los libros, á los profanadores del pensamiento, á los asesinos de la libertad, «al Concilio de Trento y á la Inquisición, cuyo maridaje ha engendrado ó perfeccionado esos catálogos y esos índices expurgatorios que escudriñan las entrañas de tantos buenos autores, cometiendo una violación peor

que todos los atentados contra sus tumbas (1)». Iguales expresiones flagelan á los espíritus carnales que creen sin pensar y hacen de su servilismo su religión. Pasaje hay que, por su familiaridad acerba, recuerda á Swift, llevándole de ventaja toda la altura de la imaginación y el genio. «Un hombre cuya fe es verdadera puede ser herético, si cree las cosas sólo porque su pastor las dice. La verdad misma que posee viene á ser su herejía. Un hombre rico dado al placer y á la ganancia estima que la religión es un negocio tan enredado y tan plagado de cuentas oscuras, que no sabe cómo abrirle un crédito entre sus libros. ¿Qué puede, pues, hacer sino tomar la resolución de abandonar ese tráfago y buscar un agente á cuyo cuidado y crédito confía todos sus asuntos religiosos? Ese agente será algún eclesiástico estimado y notable. En él descansa; á él entrega todo su almacén de géneros religiosos, con todas las llaves y cerraduras; y, en resumidas cuentas, de ese hombre hace su religión. Así puede decirse que su religión no está ya en él, sino que se ha convertido en un ser separado y móvil, que anda y viniendo, según entra ó sale de la casa el buen doctor. El le habla, le hace regalos, le da festines, le aloja. Su religión va á su casa por la noche, reza, cena opíparamente y se acuesta en un lecho suntuoso, se levanta, es saludada, y después de un trago de malvasía ó de cualquier brevaaje bien cargado de especias, su religión despacha un buen almuerzo, sale á las ocho, y deja á su excelente huésped en la tienda, traficando todo el día.» Se ha dignado ridiculizar un instante, y acaba de verse con qué punzante ironía. Pero la ironía, por acerba que sea, le parece débil. Oidle

(1) Pág. 426.

cuando vuelve en sí, cuando pasa á la invectiva abierta y seria, cuando, después del fiel carnal, abruma al prelado carnal. «La mesa de la comunión, trocada en mesa de separación, se alza como alta plataforma en frente del coro, fortificada con un baluarte y un parapeto para evitar el contacto profano de los laicos, mientras el obscuro y ahito sacerdote manosea y despedaza sin escrúpulo el pan sacramental tan familiarmente como el mazapán de su taberna.» Se goza en pensar que todas esas profanaciones serán pagadas. La atrocidad de Calvino ha fijado de nuevo las miradas de los hombres en el dogma de la maldición y de la condenación eterna. Milton amenaza, con el infierno en la mano; se embriaga de justicia y de venganza entre los abismos que abre y las llamas que blande. «Serán arrojados eternamente al más negro y profundo abismo del infierno, bajo el dominio ultrajante de todos los demás condenados que los pisotearán, que los despreciarán, que, en medio de la angustia de sus torturas, no tendrán más placer que ejercer una frenética y bestial tiranía sobre ellos, sus siervos y sus negros; y por siempre permanecerán en esa condición, como los más viles, los más profundamente abyectos, los más degradados, los más pisoteados y aplastados de todos los esclavos de la perdición.» El furor llega aquí á lo sublime, y el Cristo de Miguel Angel no es más inexorable y vengativo.

Colmamos la medida; unamos, como hace él, las perspectivas del cielo á las visiones de las tinieblas: el folleto se trueca en himno. «Cuando recuerdo, en fin (dice), tras tantos siglos durante los cuales el sombrío cortejo del Error había barrido casi todas las estrellas del firmamento de la Iglesia, cómo la brillante y bienhechora Reforma lanzó sus rayos al través de la

negra noche de la ignorancia y de la tiranía anticristianas, me parece que una soberana y vivificante alegría debe inundar el pecho del que lee ó escucha, y que el suave aroma del Evangelio restituído baña su alma con la fragancia del cielo.» Esos períodos recargados de adornos, prolongados hasta el infinito, son coros triunfales, aleluyas angélicas cantadas por voces profundas al son de diez mil arpas de oro. En medio de sus silogismos, Milton ora, sostenido por el acento de los profetas, rodeado por los recuerdos de la Biblia, arrebatado por los esplendores del Apocalipsis, pero detenido á las puertas de la alucinación por la ciencia y la lógica, en lo más alto del aire sereno y sublime, sin subir á la región abrasadora en que el éxtasis funde la razón, con una majestad de elocuencia y una grandeza solemne que nada sobrepuja, cuya perfección prueba que ha entrado en su dominio, y más allá del prosista promete el poeta. «¡Tú que moras en medio de una gloria y de una luz inaccesibles, padre de los ángeles y de los hombres! ¡Y tú también, rey omnipotente, redentor de ese resto perdido cuya naturaleza tomaste, inefable é inmortal amor! ¡Tú, en fin, tercera substancia de la divina infinitud, espíritu iluminador, alegría y consuelo de todo lo creado! ¡mira esta pobre Iglesia agotada y casi expirante! ¡Oh! ¡no los dejes acabar sus perniciosos designios! ¡No permitas que nos envuelvan otra vez en esa oscura nube de tinieblas infernales donde ya no vislumbramos el sol de tu verdad, donde jamás esperaremos la aurora consoladora, donde jamás oiremos cantar al ave de la mañana!... ¿Quién no te ve hoy en tu marcha brillante, en medio de tu santuario, entre esos candelabros de oro tanto tiempo oscurecidos entre nosotros por la violencia de los que los habían arrebatado, atraídos

por la codicia de su oro más que por amor á su radiante claridad? Ven, pues, oh tú que tienes las siete estrellas en tu mano derecha; elige tus sacerdotes según su orden y sus ritos antiguos para que llenen su cometido ante tus ojos y echen religiosamente el óleo consagrado en tus santas lámparas siempre encendidas. Tú has enviado á tus servidores, para esta obra, el espíritu de la oración, y has suscitado sus votos como el ruido de una multitud de aguas alrededor de tu trono. ¡Oh! acaba y consume tus gloriosos actos. Sal de tus regias cámaras, príncipe de todos los reyes de la tierra, viste los ropajes visibles de tu majestad imperial; empuña el cetro universal que tu padre te ha transmitido, porque te llama ahora la voz de tu desposada, y todas las criaturas suspiran por su renovación.» Ese cántico de súplicas y de alegría es una efusión de magnificencias, y sondeando todas las literaturas, difícilmente se encontrarán poetas iguales á ese prosista.

¿Es verdaderamente prosista? La dialéctica enrevesada, la pesadez y torpeza del ingenio, la rusticidad fanática y feroz, la grandeza épica de las imágenes sostenidas y exuberantes, el soplo y las temeridades de la pasión implacable y omnipotente, la sublimidad de la exaltación religiosa y lírica; en nada de eso se descubre un hombre nacido para explicar, convencer y demostrar. La escolástica y la rudeza del tiempo han embotado ó enmohecido su lógica. La imaginación y el entusiasmo le han arrebatado y encadenado á las metáforas. Así extraviado ó echado é perder, no pudo producir obra perfecta; no escribió más que folletos útiles, motivados por el interés práctico y el odio presente, y bellos trozos aislados inspirados por el encuentro de una gran idea y por el vuelo momentáneo del genio. No obstante, en esos restos aban-

donados aparece el hombre íntegramente. El espíritu sistemático y lírico se pinta en el folleto como en el poema; la facultad de abarcar conjuntos y de exaltarse ante su evocación, resplandece por igual en los campos de Milton, y se va á ver en el *Paraiso* y en el *Comus* lo que se ha descubierto en el *Tratado de la Reforma* y en las *Observaciones sobre un contradictor*.

VI

«Me ha confesado (escribe Dryden) que Spenser había sido su modelo.» En efecto: por la pureza y elevación de la bondad, por la riqueza y trabazón del estilo, por los nobles sentimientos caballerescos y la bella composición clásica, los dos son hermanos. Pero tenía aún otros maestros: Beaumont, Fletcher, Burton, Drummond, Ben Jonson, Shakspeare, todo el espléndido renacimiento inglés, y tras él, la poesía italiana, la antigüedad latina, la bella literatura griega y todas las fuentes de donde el renacimiento inglés había brotado. Era continuador de la gran corriente, pero á su manera. Tomaba su mitología, sus alegorías, á veces sus *concetti* (1), y descubría su rico colorido, su magnífico sentimiento de la naturaleza viva, su inagotable admiración de las formas y de los colores. Pero al mismo tiempo transformaba su dicción y empleaba la poesía en un nuevo uso. Escribía, no por impulso y al solo contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, doctamente con ayuda de los libros, viendo los objetos tanto al través de los escri-

(1) Véase el himno sobre la *Natividad*, entre otras, las primeras estrofas. Véase también *Licidas*.